



ARTHUR C.  
CLARKE  
Y STEPHEN BAXTER

LUZ DE  
OTROS  
TIEMPOS

Luz de otros tiempos cuenta la historia de lo que sucede cuando un brillante industrial aprovecha los beneficios de la física cuántica. Así consigue que cualquier persona pueda ver lo que hace otra desde cualquier sitio en cualquier situación. Las esquinas y paredes ya no son barreras, todo momento de la existencia por muy privado o íntimo que sea queda expuesto a los demás. Esta nueva tecnología supone la súbita abolición de la intimidad humana... para siempre. Mientras que los hombres y mujeres afrontan el trauma de la nueva situación, esta misma tecnología demostrará ser capaz de mirar también en el pasado. Nada puede prepararnos para lo que vendrá después: el descubrimiento de lo que hay de verdad y mentira a lo largo de los miles de años de historia humana tal y como la conocíamos. Como consecuencia de este saber, los gobiernos son derribados, las religiones caen, las bases de la sociedad humana tiemblan desde su propia raíz. Marca un cambio fundamental en la condición humana provocando la desesperación, el caos, y quizás, también la oportunidad de trascender como raza. Luz de otros tiempos es un tour de force, un evento para el próximo milenio y una narración que no olvidarás. Posiblemente una de las mejores obras de colaboración de Clarke.

Para Bob Shaw

¿No es posible —me pregunto a menudo— que las cosas que hemos sentido con gran intensidad tuvieran una experiencia que sea independiente de nuestra mente; que, de hecho, siguieran teniendo existencia? Y, de ser así, ¿no será posible que, con el tiempo, se invente algún artefacto por medio del cual podamos retomarlas?... En vez de recordar una escena por aquí y un sonido por allá, yo metería un enchufe en la pared y escucharía a hurtadillas el pasado...

—VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

## PRÓLOGO

Bobby podía ver la Tierra, entera y serena, dentro de la jaula de luz plateada que la envolvía.

Dedos de verde y azul se abrían camino hacia el interior de los nuevos desiertos de Asia y del Medio Oeste norteamericano. Arrecifes artificiales centelleaban en el Caribe, su color azul pálido recortado contra la parte más profunda del océano. Grandes y rígidas máquinas trabajaban con esfuerzo sobre los polos, para reparar la atmósfera. El aire estaba límpido como el cristal, pues ahora la humanidad extraía la energía que necesitaba del núcleo mismo de la Tierra.

Y Bobby sabía que, de así deseirlo, con un mero esfuerzo de la voluntad podría mirar hacia atrás en el tiempo.

Podría mirar ciudades floreciendo sobre la paciente superficie de la Tierra, las que después se agostarían y desvanecerían como rocío herrumbroso. Podría mirar especies arrugarse y recurvarse como hojas que se enrollan adentro de sus retoños. Podría mirar la lenta danza de los continentes mientras la Tierra otra vez acumulaba su calor primigenio dentro de su corazón de hierro. El presente era una burbuja centelleante y creciente de vida y conciencia, con el pasado encerrado dentro de ella, atrapado sin poder moverse, del mismo modo en que lo estaría un insecto inmovilizado en ámbar.

Durante largo tiempo, en esta Tierra rica y en expansión, engarzada en la sabiduría una humanidad perfeccio-

nada había estado en paz, una paz que era inimaginable cuando Bobby nació.

Y todo esto había provenído de la ambición de un solo hombre, un hombre apasionado, lleno de defectos, un hombre que nunca llegó a comprender siquiera adonde lo habrían de conducir sus sueños.

*Qué notable, pensó.*

Bobby inspeccionó su pasado... y su corazón.

# UNO LA PECERA CON PECECITOS DORADOS

Sabemos lo cruel que es la verdad a menudo,  
y nos preguntamos  
si el delirio no brinda más consuelo.

—HENRI POINCARÉ (1854-1912)

## 1

## EL MOTOR DE CASIMIR

Poco después del alba, Vitali Keldish subió ceremoniosamente a su auto, conectó el sistema de inteligencia artificial para conducir y dejó que el vehículo lo alejara velozmente del descuidado hotel.

Las calles de Leninsk estaban vacías; la superficie de la calzada, agrietada; muchas ventanas estaban clausuradas con tablas clavadas en los marcos. Vitali recordaba cómo había sido este lugar en los años setenta durante su apogeo; quizás una bulliciosa ciudad de científicos con una población de decenas de miles de personas, con escuelas, cines, una piscina de natación, un estadio para la práctica de deportes, cafeterías, restaurantes, hoteles; y hasta con su propia estación de televisión.

A BAIKONUR, continuaba proclamando el viejo cartel azul con su flecha indicadora en blanco que permanecía aún allí, con ese antiguo nombre engañoso, cuando Vitali atravesó la salida principal de la autopista hacia el norte de la ciudad. Y seguían aquí, en el vacío corazón de Asia, los ingenieros rusos construyendo naves espaciales y disparándolas hacia el cielo.

Pero, reflexionó tristemente Vitali, no por mucho tiempo más.

El Sol salió por fin y desplazó las estrellas; a todas menos una, observó Vitali, la más brillante de todas. Se desplazaba con velocidad pausada pero no natural de un ex-

tremo al otro del cielo austral. Eran las ruinas de la estación espacial internacional, nunca completada, y abandonada en 2010, después de la colisión del antiguo transbordador espacial. Pero la estación todavía se movía a la deriva alrededor de la Tierra como una invitada indeseable a una fiesta que hacía mucho había finalizado.

En el paisaje estepario que se veía más allá de la ciudad, Vitali dejó atrás un camello que estaba parado pacientemente al costado del camino, junto al cual había una mujer delgada vestida con harapos. Era una escena con la que Vitali pudo haberse topado en cualquier momento de los últimos mil años, pensaba; como si todos los grandes cambios, políticos, técnicos y sociales que se habían extendido de un extremo al otro de esta tierra hubiesen sido para nada. Quizás ésta fuera la realidad.

Pero bajo la cada vez más intensa luz del sol de este amanecer primaveral, la estepa estaba verde y sobre ella había esparcidas flores de un amarillo brillante. Vitali bajó la ventanilla con la palanca y trató de percibir la fragancia del campo que recordaba tan bien; pero su nariz, arruinada por toda una vida de tabaco, lo traicionó. Sintió una punzada de tristeza, como le ocurría siempre en esta época del año: la hierba y las flores pronto se irían. La primavera de las estepas era breve, tan trágicamente breve como la vida misma. Llegó al campo de lanzamiento.

Era un sitio de torres de acero que apuntaban hacia el cielo, de inmensos montículos de hormigón armado. El cosmódromo —mucho más vasto que sus competidores del oeste— cubría miles de kilómetros cuadrados de esta vacía tierra. Gran parte de este sitio estaba abandonado ahora, claro está; las grandes torres de lanzamiento iban oxidándose lentamente unas con el aire seco, y a otras se las había derribado para convertirlas en chatarra, con el consentimiento de las autoridades o sin él.

Pero esa mañana había mucha actividad en torno de una de las plataformas. Vitali pudo ver técnicos vistiendo

sus trajes protectores y cascos anaranjados, que se desplazaban de manera precipitada alrededor de la gran torre de lanzamiento, como si fueran fieles a los pies de un dios inmenso.

Una voz flotó de un punto a otro de la estepa proveniente de una torre con altavoces: *gotovnosty dyesyat minut*. Diez minutos y contando.

La caminata desde el automóvil hasta el puesto de observación, corta como era, lo cansó grandemente. Trató de pasar por alto el martilleo de su obstinado corazón, el aguijoneo del sudor sobre el cuello y la frente, la jadeante falta de aire, el dolor severo que le atormentaba el brazo y el cuello.

Cuando ocupó su lugar, las personas que ya se hallaban allí lo saludaron: hombres y mujeres corpulentos, complacientes, que en esta nueva Rusia se movían dúctilmente entre la autoridad legítima y él lóbrego submundo; y había técnicos jóvenes, caras de rata como todas las nuevas generaciones, debidas al hambre que atormentaba al país desde la caída de la Unión Soviética.

Vitali aceptó los saludos, pero se sintió feliz al poder hundirse en un aislado anonimato. A los hombres y mujeres de este duro futuro no les interesaba él ni sus recuerdos de un pasado mejor.

Y tampoco les importaba mucho lo que iba a suceder aquí. Todo su chismorreó era acerca de sucesos que ocurrían muy lejos: sobre Hiram Patterson y sus agujeros de gusano, y su promesa de hacer que la Tierra misma fuera a ser tan transparente como el cristal.

Esto era verdaderamente obvio para Vitali, quien resultaba ser la persona de mayor edad entre los aquí presentes; el último sobreviviente de los antiguos tiempos, quizá. Ese pensamiento le dio un cierto placer amargo.

Habían transcurrido, de hecho, casi con exactitud, setenta años desde el lanzamiento del primer *Molniya*, relámpago, en 1965. Pudieron haber sido setenta días, tanta era

la intensidad con que los sucesos estaban grabados en la mente de Vitali, cuando el joven ejército de científicos, ingenieros en cohetería, técnicos, obreros, cocineros, carpinteros y albañiles había llegado a esta poco prometedora estepa, y viviendo en chozas y tiendas, alternativamente calcinándose y congelándose, armados con poco más que su dedicación y el genio de Korolev, habían construido y lanzado las primeras naves espaciales de la humanidad.

El diseño de los satélites *Molniya* había sido absolutamente ingenioso: los grandes propulsores de Korolev no tenían la capacidad de lanzar un satélite hasta ponerlo en órbita geosincrónica, ese radio elevado en el que la estación habría de flotar por encima de un punto fijo de la superficie de la Tierra. De modo que Korolev lanzó sus satélites en trayectorias elípticas de ocho horas: con esas órbitas, cuidadosamente escogidas, tres *Molniya* pudieron brindar cobertura de comunicaciones para la mayor parte de la Unión Soviética. Durante décadas, la URSS, y luego Rusia, había mantenido constelaciones de *Molniya* en sus excéntricas órbitas, que a ese país tan grande y de contornos irregulares le proporcionaron la unidad social y económica esencial.

Vitali consideraba los satélites de comunicaciones *Molniya* como el logro más grandioso de Korolev, que incluso eclipsaba las proezas de ese diseñador en cuanto al lanzamiento de robots y seres humanos al espacio para tocar Marte y Venus, llegando incluso —estuvo tan cerca— hasta casi derrotar a los estadounidenses en la llegada a la Luna.

Pero ahora, quizá, la necesidad de esos maravillosos pájaros estaba desapareciendo finalmente.

La gran torre de lanzamiento se desplazó hacia atrás y los últimos conductos de suministro de combustible se separaron y cayeron, retorciéndose con lentitud como gordas serpientes negras. Ante la vista apareció el contorno estilizado del propulsor en sí: una forma de aguja con el plisado barroco típico de los diseños anticuados, maravillosos, ab-

solutamente confiables de Korolev. Aunque el sol ahora se encontraba alto en el cielo, el cohete estaba bañado en brillante luz artificial, envuelto en volutas de vapor exhalado por la masa de combustibles criogénicos que llevaba en los tanques.

*Tri. Dva. Odin. Zashiganiye!*<sup>[1]</sup>

Ignición...

Mientras Kate Manzoni se acercaba a los predios de Nuestro Mundo, se preguntaba si había procurado ser algo más que de buen tono presentarse apenas lo suficientemente tarde para este acontecimiento grandioso, mientras brillante estaba el cielo del Estado de Washington pintado por el espectáculo de luces de Hiram Patterson.

Aviones pequeños lo cruzaban en todas direcciones, manteniendo una capa de polvo (sin la menor duda, ecológicamente admisible) sobre el cual los láseres pintaban imágenes virtuales de una Tierra en rotación. Cada pocos segundos el globo se volvía transparente, para revelar, engarzado en su núcleo, el familiar logotipo de la sociedad comercial Nuestro Mundo. Todo era absolutamente vulgar, claro está, y únicamente servía para oscurecer la verdadera belleza en lo alto, el claro cielo nocturno.

Kate hizo que se volviera opaco el techo del auto y halló imágenes consecutivas que se desplazaban por su campo visual.

Un robot teleguiado revoloteó por afuera del auto. Era otro globo terrestre que rotaba con lentitud y, cuando habló, su voz era suave, completamente sintética, desprovista de emoción.

—Por acá, Ms.<sup>[2]</sup> Manzoni.

—Un momento, por favor. —Susurró—: Motor de búsqueda. Espejo.

Una imagen de sí misma cristalizó en el medio de su campo visual, desconcertando al robot volador que giraba sobre sí mismo. Kate revisó las partes anterior y posterior del vestido, puso en actividad los tatuajes programables que le adornaban los hombros y acomodó los mechones rebeldes de su cabellera en donde debían estar. La autoimagen, que se había sintetizado a partir de información proveniente de las cámaras del auto y transmitido a los implantes retinianos de Kate, tenía el grano un poco remarcado y era proclive a descomponerse en píxeles con desigual distribución de luz y sombra, si Kate se desplazaba con demasiada rapidez; pero ésa era una limitación de la tecnología anticuada de implante de órganos sensoriales que tenía Kate y que ella estaba dispuesta a aceptar: mejor padecer un poco de imagen borrosa que permitir que algún cirujano de manos suaves y especializado en aumentar las capacidades del SNC le abriera el cráneo.

Cuando estuvo lista hizo desaparecer la imagen y salió desmañadamente del auto, con tanto garbo como le permitía su vestido ajustado hasta lo ridículo y para nada práctico.

El predio de Nuestro Mundo resultó ser una alfombra de cuadrángulos de césped pulcramente cortado que separaban edificios de tres pisos de oficinas, cajas gordas, con más peso arriba que en la base, hechas de vidrio azul y sostenidas por delgadas vigas de hormigón armado reforzado. El conjunto era desagradable y extrañamente pintoresco; respondía al concepto de elegancia de edificios empresarios de los noventa. El piso inferior de cada edificio era una playa abierta de estacionamiento, en una de las cuales el auto de Kate se estacionó automáticamente.

La joven se unió a un río de gente que fluía hacia el interior de la cafetería del predio, mientras robots teleguiados flotaban en el aire subiendo y bajando lentamente sin avanzar por sobre la cabeza de los huéspedes.

La cafetería restaurante era una obra maestra de ingeniería, un cilindro espectacular de vidrio con múltiples niveles y construido en torno de un trozo de Muro de Berlín cubierto por *graffitis* auténticos. En medio del lugar causaba extrañeza un arroyo que atravesaba la sala, cuyas orillas estaban unidas por puentes de pequeñas piedras. Esa noche, quizá mil invitados se arremolinaban de un extremo al otro del piso de césped, grupos de ellos reuniéndose y dispersándose, una nube de conversaciones burbujeando en torno a ellos.

Las cabezas giraron hacia Kate, algunas con gesto de haberla reconocido y otras, hombres y mujeres por igual, con gesto calculador, decididamente lascivo.

Kate escudriñó una cara tras otra, sobresaltándose por el repentino reconocimiento. Había presidentes, dictadores, miembros de la realeza, magnates de la industria y de las finanzas, y el inevitable grupo de celebridades del mundo del cine, de la música y de las demás artes. No advirtió la presencia de la presidenta Juárez, pero sí a varios miembros de su gabinete que estaban ahí. Kate debió admitir que Hiram había reunido un grupo más que selecto para presentar su espectáculo más novedoso.

Por supuesto, Kate sabía que ella misma no estaba allí sólo por su rutilante talento periodístico ni por sus dotes para la conversación, sino por su propia mixtura entre belleza y celebridad de menor cuantía, suscitada como consecuencia de haber revelado el descubrimiento de Ajenjo. Pero ése era un aspecto que Kate había estado feliz de explotar desde el momento mismo en que diera la sensacional noticia.

Robots teleguiados flotaban por encima de la gente, sirviendo canapés y bebidas. Kate aceptó un cóctel. Algunos de los robots llevaban imágenes de uno u otro de los canales de Hiram. En medio de la excitación, no se les prestaba atención a las imágenes, ni siquiera a las más espectaculares —en ese momento se veía una, por ejemplo, que mos-

traba la imagen de un cohete espacial a punto de que se lo lanzara, evidentemente desde alguna polvorienta estepa de Asia—, pero Kate no podía negar que el efecto acumulativo de toda esta tecnología era impresionante, como si estuviera reforzando aquella famosa bravata de Hiram, de que la misión de Nuestro Mundo era informar a todo un planeta.

Kate se orientó hacia uno de los agolpamientos de personas más grande que había en las proximidades, tratando de ver quién, o qué, era el centro de la atención: pudo divisar a un hombre joven, delgado, de cabello oscuro, bigote espeso y caído y anteojos redondos, que llevaba un uniforme de *camouflage* bastante absurdo, en verde lima brillante con cordones escarlata. Parecía estar sosteniendo un instrumento musical de viento de metal, una tuba barítono quizá. Kate reconoció al ejecutante, claro está, y tan pronto como lo reconoció, así de rápido perdió interés. Sólo una imagen virtual. Empezó a inspeccionar la multitud que lo rodeaba, notando la fascinación casi pueril que sentían por esa imagen falsa de una celebridad que hacía tiempo había muerto.

Un hombre de edad mayor la estaba contemplando casi demasiado de cerca, sus ojos eran extraños, de un gris pálido que no era natural. Kate se preguntaba si el hombre no estaría en posesión de la nueva generación de implantes retinianos que, mediante la operación en longitudes de onda milimétricas, en las cuales las telas eran transparentes, y con apenas un sutil mejoramiento de la imagen, permitían a quien los usaba ver a través de la ropa, según decía el rumor. El hombre dio un paso dubitativo hacia Kate y sus prótesis ortóticas, invisible máquina para caminar, zumbaron con rigidez.

Kate giró sobre sí.

—... Me temo, no es más que un virtual. Nuestro joven sargento de ahí, quiero decir. Al igual que sus tres compañeros, que están diseminados de igual manera por todo el